SI ME PERMITE DECIRLO, SEÑORITA

Nos habíamos reunido en la oficina de don Jorge a preparar un melodrama local que, según nos dijeron, tenía el éxito de taquilla asegurado. Yo había llegado atravesando el centro en un día gris, asediado por el humo y las bocinas. La cita era a las cuatro y cuando abrí la puerta, bastante retrasado, me encontré con la mitad de una frase que interrumpía don Jorge y con un grupo de rostros serios y silenciosos que volteaban a mirarme.

–Perdón por la demora –murmuré.

Mientras don Jorge seguía hablando, miré a mi alrededor. A mi lado estaban Silvia, Carlos Robles y más allá, la señora Mirta. En el extremo del grupo, sin embargo, había un actor que había visto otras veces pero que en ese instante no reconocí.

Tenía las mejillas abultadas, el pelo lacio y los ojos rasgados y oblicuos. Cuando intervino en la discusión, noté que arrastraba algunos sonidos marcando un acento serrano. Después de un rato me acordé de su nombre: Pedro Romo. Junto a él, como una aparición luminosa, estaba Silvia que miraba a don Jorge con esos ojos azules enormes y agudos en los que yo hubiera querido sumergirme tantas veces. Ella siempre me había gustado, a veces hasta hacerme sentir incómodo, y si nunca había llegado muy lejos en mis avances, había sido porque Silvia los había cortado discretamente. "Hoy no puedo", me había dicho las veces que la había invitado a salir. Felizmente yo no había insistido demasiado, y después de todo, podía pasármela sin ella. Te-

níamos una amistad, y con eso y mi admiración a la distancia tendría que conformarme mientras esperaba lo que durante mi juventud me habían dicho sería "la mujer que me conviene". Así la llamaba por entonces, y así la sigo llamando ahora.

Don Jorge terminó de explicar sus cosas y el grupo empezó a disolverse. Estaban además algunos jóvenes, que iban a hacer el papel de mayordomos, según supe después.

Los ensayos empezaron al día siguiente. La obra no valía mucho pero tenía una fluidez y un tono amistoso que me gustaba. El nucleo de la historia era la relación entre una mujer muy joven —que hacía Silvia— y un extranjero algo maduro —mi papel—, que debe irse de Lima y le pide a ella que lo acompañe. Para ella, que vive con su madre, hay dos inconvenientes. El primero —su diferencia de edad—, es menos importante que el segundo —el hecho de que él sea un hombre divorciado. La relación empieza a peligrar cuando la madre se opone al matrimonio y después de algunas presiones la obliga a escoger entre su imperfecto novio y ella.

Puesto que me habían asignado el papel de galán maduro, mi deber en la obra era insistir con gentileza hasta que ella cediera a sus sentimientos y no a las presiones familiares. En una de las escenas finales, ella me repite con palabras medidas, su decisión de que nos separemos, y yo me retiro. Al quedarse sola, aparece el mayordomo de la casa —Pedro Romo—, y le pregunta si le pasa algo. En el diálogo que sigue, el mayordomo la convence de que debe ir a buscar a su novio. "A su madre la puede convencer. No tenga miedo", le sugiere. Poco después, ella se levanta, abraza al mayordomo y sale a encontrarme.

Como era de esperarse, el proyecto le interesaba a don Jorge, sobre todo por la cantidad de público que pudiera atraer. Por lo demás cada uno de nosotros tenía razones para actuar en la obra. La mía era, sin duda, la oportunidad de ser otra vez el novio de Silvia, que la realidad me había negado. Sin embargo, durante los ensayos, lo que más me emocionó no fueron sus escenas conmigo sino el parlamento en el cual el mayordomo convence a Silvia de que debe ceder a sus sentimientos.

En esta escena, Pedro decía sus líneas con la suavidad ga-

lante de un consejero. "Si me permite decirlo, señorita", empezaba. "Si me permite decirlo, creo que está cometiendo un error". Ella voltea hacia su rostro que es humilde y caballeroso al mismo tiempo. "Está usted cometiendo el error de amar y el error de no saberlo", seguía diciendo el hombre. "Piensa que hay otras cosas más importantes que las cosas que siente. Piensa que la opinión que los demás tendrán de usted es la que cuenta porque cree que esa opinión la protege. La conozco, señorita, si me permite, y usted está enamorada. Está enamorada de ese hombre a pesar de todo, y eso la sorprende. Pero una vez que se ha cometido el error de amar a alguien —terminaba el sirviente—, no pueden cometerse más errores, porque esa sería su ruina".

La simplicidad de estas líneas estaba realzada al máximo por una humildad y una firmeza en su voz que nos sorprendía a todos. Lo que venía después, la sonrisa de Silvia, su abrazo, su salida para encontrar a su galán, adquiría alguna dignidad bajo esas palabras. Curiosamente, la obra terminaba cuando la pareja volvía a la casa para rematar una larga escena final, en la que la madre de Silvia —que nunca había tomado—, termina rindiéndose y haciendo un brindis, por los novios.

Como puede verse, casi toda la pieza estaba destinada a buscar el consumo de las señoras limeñas que desearan vivir algún romance, aunque fuera a la distancia. Algunos actores, sin embargo, tomamos la cosa con entusiasmo y desde el estreno, en efecto, el público empezó a asistir en regular número. Pero todo hubiera resultado apenas un nuevo accidente en nuestra carrera, de no haber sido por ese pequeño discurso que el señor Pedro Romo pronunciaba con la serenidad y la precisión de un fiel sirviente. "Si me permite decirlo, señorita", insistía dulcemente cada noche. "Si me permite decirlo, creo que está cometiendo el error de amar y el error de no saberlo".

Poco a poco, durante las funciones, su cuerpo de brazos caídos, pronunciando estas frases, cobraba nuevas fuerzas. Silvia, que estaba cerca de él en ese momento, me confesó que cada noche, su voz volvía a emocionarla, y que esperaba, a veces con angustia, que el hombre terminara. La crítica también resal-

taba su actuación aunque, como era de suponerse, se complacía en poner reparos al melodrama que campeaba en la obra. Pero detrás de la obra estaba esa mirada fija de don Pedro, las entonaciones firmes, ese rostro acercándose a ella, que todos escuchábamos de cerca.

Después de varias semanas, y por compromisos del local, tuvimos que dejar de vernos, y tras una gran fiesta en la casa de don Jorge, todos desaparecieron de vista. Yo volví a enfrascarme en mi trabajo de abogado en una compañía de seguros. Estaba por esa época esperando un ascenso, lo que ya era una preocupación suficiente. Mi vida se completaba con mi pequeño apartamento en Miraflores, los almuerzos esporádicos en la casa de mis padres (cada vez que podía los domingos y alguna vez entre semana). Seguía teniendo algunas amigas, por otro lado, y cuando me sentía solo, salía a caminar por el "Haití" y me encontraba algún conocido, con quien me sentaba a seguir una conversación que habíamos dejado pendiente la vez anterior.

Una noche me animé a ir al centro, después de mucho tiempo. Primero di unas vueltas por la Colmena y después caminé por Belén. Hacía tiempo que mis amigos habían dejado de ir por esas calles. Miraflores, Barranco, incluso San Isidro eran los lugares donde les gustaba ir para hablar de política y de temas afines. Mientras avanzaba por Belén, me tropecé con el "Wony" y entré, llevado por una antigua nostalgia. Avanzando junto a las mesas, alcance pronto a ver junto a mí, el rostro marrón de Pedro Romo.

—¿Pedro? —le dije—. ¿Eres tú?

El no pareció reconocerme, pero después de un rato asintió con un movimiento de cabeza. Tenía la boca ligeramente deformada por un gesto crispado. Algunos pelos caían sobre la frente, dispersos y afilados.

—Soy yo —le dije—. Soy Carlos. Hicimos juntos "Fuga de Amor". ¿No te acuerdas?

—Sí. Claro que me acuerdo —me contestó.

Al sentarme, vi que tenía en la mesa un vaso de pisco y una botella de Coca-Cola, listos para ser mezclados.

—¿Y qué has hecho en este tiempo? —pregunté.

—Trabajando por un lado y por otro —contestó en voz baja, mientras llenaba su vaso—. Ahora estoy en un negocio, en una panadería.

—¿Y has visto a alguno de los demás? —respondí.

—El otro día me encontré con el que dirigía la obra.

—Jorge Morales —dije.

—Sí. Jorge Morales.

Una pausa, durante la cual terminó su vaso de un solo trago. Luego el mozo pasó cerca, y le pidió otra ración de pisco.

—¿Me acompañas? —dijo.

Yo, como era lógico, accedí y pronto me vi frente a un vaso lleno, listo para brindar con aquel hombre que era un desconocido, pero a quien mi admiración, nuestro reencuentro y una posible borrachera, hacían en ese instante casi un amigo.

Mientras él levantaba el vaso, miré a mi alrededor.

Un suelo de losetas puntiagudas, una fila de botellas de cerveza en el mostrador, mayordomos sucios y arrugados, y un Corazón de Jesús en lo más alto. Todo era de pronto muy familiar. "No vengo aquí desde que iba a Letras", pensé con nostalgia.

Pedro estaba terminando una queja sobre su sueldo y sobre el costo de vida que yo seguía a medias. Después de algunos comentarios banales, me decidí a cambiar el tema de conversación.

—En esa época, cuando actuábamos, yo tenía ganas de hacerme más amigo tuyo —le dije, venciendo mis reparos—. Pero nunca me lo propuse. No sé por qué.

El hombre permaneció en silencio y por un instante pensé que tal vez me había propasado con esa confesión.

—Tal vez porque yo parezco demasiado reservado —dijo—. Pero no soy.

—¿De qué parte del Perú eres? —pregunté.

—De Huancavelica —me contestó.

—¿Viviste allí siempre? —le dije.

—Hasta que murió mi madre. ¿Pedimos más? —dijo de pronto.

—Sí. Por supuesto —asentí.

El mozo, un joven delgado, con una camiseta rosada, trajo dos nuevos vasos y dejó una botella entre ambos. Pedro me sirvió y luego llenó su vaso. Ambos los levantamos en señal de brindis. Era el primer gesto afectuoso, el primer signo de amistad que nos hacíamos.

—¿Has pensado en volver alguna vez? —le pregunté—, ¿en volver a tu tierra?

—Lo he pensado muchas veces, pero no lo voy a hacer. No quisiera volver así.

El mozo se llevó la botella y después de una pregunta, volvió con una nueva ración.

—Mi madre era una mujer bastante trabajadora —murmuró de pronto, como si hubiera esperado decir esta frase—. Nunca habló de mi padre y era la que se encargaba de trabajar en el campo, de cocinar y de cuidarnos a mi hermano y a mí. Sin embargo, hubo un día en que ya no pudo más; le dio una enfermedad y se quedó sin poder mover los brazos. Felizmente nosotros ya estábamos grandes y podíamos trabajar y tenerla en la casa. Eramos mi hermano y yo. Los dos veníamos a Lima a veces, de visita, a ver a algunos parientes, pero siempre volvíamos para allá. A mi hermano le gustaba quedarse, porque tenía su mujer y su trabajo pero a mí me gustaba venir a Lima. Una noche, en la casa, se lo dije a mi madre. Le dije que iba a venir para aquí. Ella ya hablaba muy poco; movió la cabeza, como aceptando, y dijo que le parecía bien. Pero luego añadió algo —Pedro se detuvo y terminó el vaso de un solo trago—. Me dijo que nunca debía olvidarme que soy serrano. ¿Y sabes qué? —se incorporó, mirándome con los ojos ligeramente picados—. En esa época pensé que me lo decía con orgullo, pero ahora, ahora creo que me lo dijo como una advertencia, una advertencia cariñosa —levantó la voz en un tono que yo jamás había oído—; pienso que me lo dijo porque nacer serrano es como haber nacido sin cara o sin nombre o con una enfermedad incurable.

El local empezaba a llenarse de nuevos parroquianos que

pasaban junto a nuestra mesa y se sentaban en silencio. Eran hombres de piel marrón, delgados, de baja estatura y muy jóvenes. Pensé que eran empleados, obreros, mayordomos o vendedores ambulantes. Pedro se había reclinado en su asiento, pero de pronto apoyó los codos en la mesa.

—Yo lo hacía bien como sirviente, en esa obra que presentamos, ¿no es cierto? —dijo.

—Sí —contesté—. Todos lo pensábamos.

—¿Y sabes por que lo hacía bien?

Pensé con incomodidad que iba a confesarme que había trabajado de sirviente o mayordomo. Una confesión de este tipo era lo que correspondía, después de todo, seguida por una queja por la forma como eran tratados.

—Porque estaba enamorado de Silvia —me dijo—. Eso era lo que me hacía hablarle a ella así. ¿Tú te diste cuenta?

—No —contesté, algo aturdido.

Un tiempo después, la cara de Pedro diciéndome que había querido a Silvia seguía apareciendo algunas noches por mi dormitorio.

—Te cuento esto porque se me han subido los vasos —siguió—, y porque a lo mejor no nos veremos otra vez. Pero esas noches estando cerca de ella, como nunca iba a poder estarlo fuera del teatro, esas noches han sido las más importantes de mi vida.

—¿Y nunca se lo dijiste?

El mozo llegó en ese momento a recoger las botellas.

—No —contestó.

Un viejo deseo, y también el pisco, fueron las causas de lo que dije en seguida.

—Entonces vamos a decírselo ahora —propuse.

No pareció sorprenderse.

—¿Tú me llevas? —preguntó.

Un poco después tocamos la puerta de la casa de Silvia. Era casi medianoche y el toque de queda nos iba a dar el tiempo

preciso de decirle lo poco y lo mucho que necesitaba escuchar. Después de mucho rato, y de pedirle excusas al señor que abrió la puerta, Silvia salió a recibirnos.

—Hola —dijo—. ¿Qué hacen por aquí?

—No vinimos de visita sino a decirle algo —contestó Pedro, ante mi sorpresa.

Silvia lo miraba con la cara deformada por una sonrisa. Aun así, se veía bellísima, con el pelo esponjoso cayendo sobre el pecho y los dos ojos incrustados como piedras brillantes.

—Venía a decirle que ya no hago teatro, que trabajo en una panadería y que recuerdo las noches que trabajamos juntos como la mejor época de mi vida —dijo Pedro—. Yo la quería Silvia, y creo que la quiero aún, y he venido a decírselo para que lo sepa; creo que si uno quiere a alguien, es mejor que la otra persona lo sepa. Yo siempre he sido un hombre muy callado. Quisiera que usted me oiga y que recuerde que la quise y la quiero mucho, más de lo que ahora puedo explicarle.

En ese momento ocurrió algo terrible. Pedro acercó su mano, la tocó en los hombros suavemente, y luego se arrodilló y le besó los pies. Yo empecé a sentirme avergonzado de estar allí, pero al levantarse él no había perdido su compostura.

—Si me permite decirlo, la recordaré siempre. Ahora no la sigo molestando —dijo.

Silvia cerró la puerta.

Durante el camino apenas hablamos, pero al despedirme de él, en una callejuela de Lince, le di unas palmadas en el hombro y le propuse que me llamara a la oficina alguna vez.

—No creo —dijo, y se bajó.

Regresé por Arenales, a toda velocidad. Era tarde, pero tuve el tiempo justo de pasar otra vez por la casa de Silvia. Al llegar vi que arriba, en el segundo piso, su dormitorio estaba encendido.

—Si me permite decirlo —murmuré, mientras me alejaba.